



A través de manifestaciones, asambleas y suspensión del trabajo, los periódicos estuvieron ausentes de los quioscos durante un día tanto en Barcelona como en Madrid, donde la única excepción fue "El Alcázar", los trabajadores de la prensa expusieron su repulsa unánime del atentado contra "El Pápus". (La manifestación, en la madrileña plaza del Descubrimiento.)

gían viejos insultos al alcalde Viola para que le sirvieran al ministro Martín Villa. La rima entre "dimisión" y una serie de rotundos insultos castellanos se corresponde a la de "dimisión" y una serie de no menos rotundos insultos catalanes. En castellano y en catalán, el señor Martín Villa fue contundentemente adjetivado. Los manifestantes llegaron a su destino, el Gobierno Civil, repitieron sus gritos para que el señor gobernador los oyera desde la cama y la cosa tomó aires de serenata política. Si el señor Martín Villa hubiera estado presente, hubiera recorda-

do, sin duda, su querida "tuna" seculstica:

*Te juro, Juana, que tengo,
que tengo ganas,
ganas de verte la punta el pie,
la punta el pie,
la rodilla, la pantorrilla y el peroné.*

No estaba el señor Martín Villa para enseñar nada de esto, pero diríase que todo el mundo le veía el plumero. Grandeza y servidumbre de un ministro que ha perdido las viejas amistades poco recomendables y no ha conseguido nuevas amistades porque no se atreve a meter mano a las viejas

amistades poco recomendables. Una comisión de los manifestantes, en representación de las centrales sindicales actuantes en prensa, subió hasta la altura del yaciente gobernador para entregarle una declaración de principios. Dureza contra las bandas fascistas, garantías para la libertad de información, dimisión de Martín Villa, esta vez una dimisión sin adjetivos escritos, aunque los adjetivos debían ir por dentro. El señor gobernador es receptivo. Lleva barba como Ivá. Fuma en pipa como a veces Joan de Sagarra. Tiene aspecto de ser un

apasionado lector de la novela realista del siglo XIX. Compone una imagen no susceptible de ser repetida por los "ultras".

¿Dónde estaban los "ultras"?

Sin duda, alguno se sumó a la manifestación en plan de cachondeo. Había sonrisas reveladoras, distancias psicológicas evidentes. Hasta es posible que el asesino se mezclara entre el público manifestante. ¿Quién sabe su identidad? Quien sabe su identidad no va precisamente a detenerle, y menos en plena manifestación. Lo cierto es que el día de autos la plana mayor "ultra" de la ciudad tenía coartadas de novela de Agatha Christie. Todos, absolutamente todos, estaban a kilómetros del bombazo. Sin duda, para que no les alcanzara ni un fragmento de la cristalera del edificio. El señor Royuela, el simpático "ultra" que había visitado la Redacción de "El Pápus" para advertirles que tuvieran cuidado, que no "podía contener a su base", irritada por el antifascismo de la revista, estaba consternado. "¿Qué barbaridad!", decía una y otra vez. "Yo no he sido", añadía. Y tenía su lógica. "Yo sé dónde vive el director, dónde veranes, qué itinerario sigue. Nada más fácil para mí que ir a por él y no poner una bomba, que mata indiscriminadamente". Elemental, querido Watson. El señor Royuela se ha tomado la molestia de estar al día sobre todas las idas y venidas del director de "El Pápus", Xavier Echarri. ¿Por qué? O mejor dicho, ¿para qué? Para protegerle. No le cabe a nadie, pero es que a nadie, otra cosa en la cabeza. Porque en su día los "ultras de base" querían dejar ciego y cojo a Echarri, según el modelo del ex combatiente reproducido por la portada de la revista. Todavía no lo han conseguido. De momento, han dejado otra estampa familiar: escorbos y un hombre del pueblo con las tripas al aire. Muchos han recordado escenas de bombardeo de la guerra civil. Muchos han asociado aquella guerra y ésta. No se equivocan. ■

Defendamos la libertad de expresión

De acuerdo con la conclusión adoptada en la reunión de directores de semanarios, publicamos a continuación el editorial conjunto sobre el salvaje atentado a la revista "El Pápus".

Nuevamente la libertad de expresión ha sido atacada. Nuevamente nuestras calles se han llenado de sangre. Como en un plan perfectamente previsto, grupos extremistas de derechas, empeñados en una acción desestabilizadora contra la democracia, han intentado sabotear el camino que nos puede llevar a la consolidación de un régimen de plena participación política, y han actuado impunemente, en pleno día, contra un semanario, convertido hoy en símbolo del papel de la prensa en defensa de una sociedad más libre, más justa y más representativa.

Nuevamente, hoy como ayer, y después de periódicas amenazas que se han convertido en elemento vivo de una tensión diaria en periódicos y revistas, un terrorismo que pretende la vuelta a la dictadura ha actuado contra un medio de comunicación social, quizá como representación de toda la prensa, y ha dejado un triste balance: un trabajador muerto, numerosas personas heridas y un edificio, el del semanario "El Pápus", al cual se ha elegi-

do como símbolo, totalmente destruido.

Estos atentados hoy en día, como ha señalado el editorial conjunto de la prensa catalana condenando el triste hecho, "tienen el objetivo común de cerrar el paso al proceso democrático que se ha iniciado en nuestro país".

Los atentados —sostenemos los semanarios que nos queremos comprometer con una condena que tiene que ir más allá de un compromiso coyuntural— pueden llevar al país a una nueva dictadura que nos traerá nuevos sufrimientos y más sangre en un país que debe olvidarse ya de enfrentamientos y que debe, ante todo, reconciliarse definitivamente. La actuación impune de los grupos incontrolados, la existencia de organizaciones paralelas, el funcionamiento descarado de grupos de ultraderecha con conexiones internacionales, exigen del poder no sólo una actuación inmediata, sino una explicación pública.

La masacre de la calle de Atocha, los atentados periódicos aún no esclarecidos, las amenazas contra dirigentes políticos y sindi-

cales, los oscuros y aún no aclarados muertos por grupos ultras en manifestaciones en diversos puntos del país, el constante estado de tensión en el que se está viviendo con rumores, maniobras económicas y campañas constantes dirigidas a paralizar a una sociedad por el miedo, indican claramente, como han señalado nuestros compañeros de Cataluña, que "la democracia está amenazada". Y para terminar con esta amenaza hay que pedir primero responsabilidades al Gobierno que tiene el deber de garantizar no sólo una libertad de expresión con la detención de unos culpables que no serán difíciles de localizar, sino una tranquilidad y garantía de que hechos de esta naturaleza no pueden repetirse. Porque en hechos de este tipo, por lo significativo, por lo arbitrario, por lo que significa de atentado contra los principios en que se deben basar toda sociedad civilizada, son los que pueden provocar, el derumbamiento de un edificio que queremos construir en el que tengán cabida absolutamente todos los españoles. Todos los españoles que aspiran a un país más humano, más libre, más pacífico, más justo y, sobre todo, más reconciliado. ■